

LA CAJA DE LOS SÓLIDOS (*)

Aquel monte de eucaliptos que la niña tenía que atravesar todas las mañanas, era como un lugar de encantamiento entre su casa y la escuela. Allí nadie exigía de ella ser más que una niña vagando entre los árboles. Los altos troncos acogíanla favorablemente como ángeles tutelares de la mañana. Apretados y oscuros, adquirían a contraluz expectantes actitudes, gestos dulces y amicales, una condición de vida vegetal alegremente silvestre. Entre tronco y tronco un espacio de luz, una ventana abierta a la brevedad de una nube, un semitono al pasaje del viento. Formaban largas calles cerrándose estrechamente en la perspectiva de un cielo distante y descolorido. Y aunque esta distancia producía una sensación de soledad, la niña no sentía angustias ni tampoco miedo, sino una paz ligera, un sosiego indefinible.

El monte estaba lleno de rumores, de reflejos, de gritos lejanos. A veces, después de una tormenta, un tronco derribado cerraba el camino. Entre las hojas mustias y quemadas pendían como trapos, nidos abandonados con las cáscaras de los huevos rotas, y pichones muertos, sin los padres. Al pie de los eucaliptos se extendía una colina de hormigueros, de una tierra rojiza y brillante al sol. Aparecían en la mañana, ordenados y limpios, como un caserío, sin un desmoronamiento en la tierra, sin un granito abandonado, indefensos y sólidos en su misteriosa arquitectura. El innumerable pueblo de las hormigas, subía y bajaba por los troncos, recorría las avenidas en un infatigable trabajo, continuo y silencioso. Cada hormiga llevaba en sí, como un penachito oscilante, lo minúsculo, lo liviano del monte: hojitas, briznas, pelusillas. El viento sacudía los altos ramajes produciendo un rumor rítmico y constante de voces, como aquéllas que cantaban en los coros de la Iglesia en el mes de María. La niña creía que los árboles conversaban

(*) Capítulo de un libro en preparación.

entre sí, contándose la vida del monte, el nacimiento de las hojas, los pájaros que anidaban, el miedo a la noche, la luna y sus fantasmas. Arrojábanle, al pasar, semillas perfumadas. El suelo se llenaba de ellas y la niña las recogía en los bolsillos de su delantal.

El monte respiraba un olor familiar y limpio de botica y pastillas de eucalipto, como aquéllas, para la tos, que guardaba la vieja tía en una cajita de lata. La tierra enflaquecida por el arduo trabajo de las raíces, no tenía flores ni casi pasto. Levantadas en una contorsión violenta, en una audaz topografía, rompían la tierra, la desmantelaban, arrasando todo lo que no fuera su propia sustancia, su propia savia. La niña caminaba lentamente, con cuidado, para no pisar el largo convoy de las hormigas; para no pisarlas, pero también porque reventaban bajo los pies, produciendo un crujido desagradable como de azúcar, que la erizaba. Gustábale más andar sobre las hojas; en los lugares en que el monte hacía pequeños declives, se habían acumulado por las sucesivas estaciones y por los vientos, formando viejos lechos amarillentos, blandos. Sobre esta hojarasca, Laura hundía sus pies, produciendo un ruido seco y crepitante. Hufan despavoridas viboritas, insectos, lagartijas. Arriba, el monte encerraba como una alegre jaula, la vida de los pájaros.

La niña hacía allí su libre y fugitivo aprendizaje de infancia. Sin responsabilidades, se sentía elevada a su rango de niña. Era tan pequeña como el más pequeño objeto. Como una hoja, como un insecto, como un pájaro. Una tierna apoyatura en la gran sinfonía vegetal del monte. No había gritos. No había palabras. Ni la tomaba su madre violentamente de la mano, para hacerla testigo de aquellas escenas. Ni se ordenaba su atención para los amargos asuntos familiares. No había cuartos cerrados, ni velas encendidas para las almas del purgatorio. Ni frente a un implacable pizarrón, tan alto que Laura tenía que ponerse en puntas de pie para alcanzar su centro, se debatía bajo severas miradas, en una división en que el cociente nunca tenía nada que ver con el dividendo. Ni sentada largo rato con un pedazo de tela entre las manos, se aburría en una quietud desesperada, haciendo una vainilla de ocho hilos. Pero más que el pizarrón y la vainilla, sobrecojía ciertas mañanas, una voz fría y cortante: —“Laura, trae la caja de los sólidos.”

Sobre un banco era depositada una caja cuadrangular, con tapa corredera, que no encerraba un misterio maravilloso como aquellos cajones de la

cómoda de caoba en el cuarto de su madre, sino un misterio frío y duro que nada decía a la imaginación. Laura amaba aquella cómoda. Sobre un alto espejo movable, sostenido por dos columnas retorcidas y rematadas por perillitas, sobresalía una cabeza de indio, esculpida en madera, bajo un tocado de plumas, entre flores y frutos, reflejando su perfil hermético y lejano en un mármol rosado. El mármol tenía vetas oscuras y tiernas y tibias, como una red de venas jugosas y sensibles. El espejo era tan alto y tan verde y tan profundo como la copa de los eucaliptos; y contenía la vida de la casa, su inquietud nerviosa, las corrientes alternas de sus emociones, los rostros pálidos, como los eucaliptos, el pasaje de las nubes y las tempestades.

Los cajones, con sus talladas guirnaldas y sus pías, se abrían panzudos y profundos, con un olor antiguo a madera, a saquitos de alhucema, a recuerdos; un olor que era para Laura, el del misterio mismo; y que perduraba en ella, desde siempre, sin memoria, como incorporado a su sangre. Allí estaban los álbumes de nácar cerrados con un broche de plata, con niños tristes y pálidos, el sombrero en la mano; o niñas, mirándola desde sus encajes desvanecidos. Una caja con tapa de cristal, guardaba un abanico de encaje blanco, amarfilado por el encierro; tenía atravesado como un pensamiento melancólico un ramo de miosotis. Y cajas, y cajitas, y cartas, atadas con cintas; y un mantón negro con grandes ramos rojos, de la abuela, cuando iba a la ópera; y un banderín de raso verde con pequeños agujeros quemados en los bordes y una inscripción: "Regimiento 4.º de Infantería". Pero lo que más encantaba a Laura era aquel libro grandote, guardado religiosamente, que, algunas noches de calma, la vieja tía leía en alta voz.

—"Entonces el Emperador Constantino recibió de manos de un mensajero arrodillado, fragmentos de la Santa Cruz, sobre un paño de brocado, que le enviaba la Reina Elena desde Jerusalem..."

Las páginas ornamentadas con grandes mayúsculas góticas, graves y pensativas. En la tapa, policromada, semejante a un vitral o a un mosaico, un Rey alargado e impávido, bajo una capa pluvial de suntuosos colores, sostenía en la mano una cruz. A sus pies, una serpiente levantaba una cabeza agonizante.

Pero esta caja de los sólidos sólo encerraba una realidad hostil. Se corría la tapa y aparecían, helados, despiadados, el rombo, el cubo, el cono, la esfera... Sobrecogida de angustia la niña iba tomando aquellos objetos entre sus manos y depositándolos en los bancos. Su mano no percibía más que

una superficie lisa, sin calor, sin color, sin olor, sin abandono. No eran cosas. No eran como una piedra, como una hoja, ni siquiera como una pizarra. De entre todos, la esfera era la que le producía un estupor más particular. Como si se hubiera oscurecido el sol de repente, la voz de la maestra decía: —“Es un cuerpo engendrado por la revolución de un círculo, girando sobre sí mismo”.

—“La revolución de un círculo...”. La niña se extraviaba en el laberinto de los ángulos, de las aristas, en una abstracción simple y profunda y en tantas líneas y círculos como encerraba la esfera. — “Laura, no te distraigas, repite...”, decía la voz golpeando con la regla en el pupitre. Entonces la niña se aplicaba sobre aquellos objetos, los miraba entre sus manos y repetía maquinalmente: —“Girando sobre sí mismo...”. Si hubieran tenido un color, rojo o verde, un sonido, una vibración, Laura hubiese hasta aceptado el testimonio glacial de un cuerpo engendrado por la revolución de un círculo. Era peor que la noche entrando por la ventana, la noche aquella que se parecía a la hermosa y pavorosa diosa india con muchos brazos y cabezas y piernas que ella había visto en un libro de figuras. O al Dominó negro que, sentado en el comedor de su casa se abanicaba con una pantalla de colores. Ella se sentía hundir en la esfera como cuando se cayó en aquel pozo de cal. De improviso se vió arrastrada en un remolino, en un vértigo blanco. Se asía desesperadamente a sus paredes. Ni un apoyo, ni una hendidura, ni un verde. Todo era blanco. Blanco. Y ella un cuerpo blanco girando sobre sí misma. Y el cielo como un agujero negro visto desde un embudo. La boca como un agujero de desesperación, gritando. Sin salida.

Pero a veces la clase adquiría categoría de monte. Sobre las descascaradas paredes se extendían grandes mapas. Y países exóticos. Y grandes elefantes blancos atravesaban el viejo patio de baldosas coloradas y se detenían en el umbral trayendo su carga de misterio. Un mar azul jugaba a ser entre los bancos. Y palmeras, cocodrilos y faisanes, y nombres fabulosos: el Caribe, Mar de las Antillas, Saigón, Borneo, abrían la tienda policromada de la fábula. Ahora la niña, con una regla en la mano, señalaba: Mar de la China. El mar arrojaba perlas redondas y carnosas, como uvas marinas, para que la niña hiciera su collar.

Y no era necesario, ahora, que el escenario se quedase violentamente a oscuras, para que dos cortinas silenciosamente corridas, y unos reflectores

hábilmente colocados, dieran al espectador la ilusión de un tiempo transcurrido. Ni que vivos ni muertos mezclados en un primer plano angustioso, dieran la confusión de ese tiempo, en la frontera de la tierra o en la ilusión de las cortinas. Ni era necesario talar el monte de eucaliptos y levantar en su lugar una casa, para darle al tiempo vejez o movimiento; o un episodio común en la continuidad del pensamiento. No. El tiempo había tenido sólo un acontecer en las ropas de Laura, en las mudanzas del vestido. Entre estas dos Lauras —la de ahora y aquella, sosteniendo con su débil, poderoso tallo, la afirmación desesperada, la fatalidad de existir. El pelo estaba igual: detenido en el tiempo, sin variantes. Las dos trenzas negras sobre la morenez del rostro; antes, sueltas sobre la espalda; ahora, cruzadas sobre la cabeza. Y una pollera larga y amplia ceñida a las caderas, sustituía al blanco delantal. Y un libro, "Les lettres" de Marcel Proust, a la carpeta forrada de verde, con una etiqueta con letras rojas "Escuela Urbana, N.º 20" y al libro "Adelante". Lo que había transcurrido era lo circunstancial. Y, claro que había tiempo transcurrido. Laura casi podía palparlo. Ahora vivía en una casa de departamentos, las ratoneras decentes de la clase media. Tenía teléfono y calefacción. No había cercos con campanillas azules; las calles estaban asfaltadas. Circulaban ómnibus. Todo, a lo largo, estaba lleno de pequeñas y grandes invenciones para la estabilidad del mundo normal, mecanizado; para su quehacer, su afán y su muerte.

Estaba también el tiempo de las estaciones. Tac-tac-tac. Y el reloj, como el almanaque, iba dejando caer sus horas. Primavera. Verano. Otoño. Invierno. Se podía tirar el reloj por la ventana y entonces la casa quedaba sin tiempo, en un estado puro, rodando en el espacio. Pero el tiempo de la angustia, de las ilusiones, del miedo, de la miseria, de la úlcera, del amante, del orgullo, estaban como al principio, en su antigüedad presente, en la línea secreta, en el espesor del mundo. "Y pondré vuestros cielos como tierra y vuestra tierra como bronce".

Y esa mañana, o ésta, o aquella, Laura se dirigía como otras veces a un punto determinado, que no era la escuela, precisamente. Y por una rápida mutación de la escena, ya no era el monte de eucaliptos, el lugar de encantamiento entre su casa y la escuela. Ahora lo exterior la golpeaba dolorosamente, le gritaba, la tomaba violentamente de las manos y la hacía participar en el vórtice de la calle. Ahora era sólo su casa el refugio en que ella se sustentaba a sí misma; creaba con los objetos circundantes, la torre, el mar,

los retratos y los libros, descubría las cosas, las transformaba, haciendo el aprendizaje de los sueños. Ahora se levantaban rascacielos sobre las casas, avenidas sobre las avenidas del silencio, bocinas, automóviles, ómnibus entre nubes de benzina ahuyentando a los venteveos. El poeta decía:

“Yo era un escritor nocturno; que pasó parte de su existencia pegado a las paredes, en una noche vacía. Ahora soy feliz. Debemos andar por en medio de la calle al encuentro de la vida.”

—Yo también vivía en una torre —dijo Laura—. Ahora salgo a la calle. Me incorporo a la vida. ¡Soy feliz!... En una esquina quedaban los últimos solicitantes de un expendio de leche. Desde el aclarar formaban la larga cola, mujeres pálidas y flacas, jovencitas, hombres, niños desnutridos y descalzos. en las manos botellas, latas de aceite abolladas. Al sol, al viento, a la lluvia, tanto daba. Pero por esa esquina pasaban los autos largos, brillantes, veloces, como un río de soberbia, último modelo, *made in U.S.A.* Adentro, calefacción, aire acondicionado.

Atravesaba un barrio residencial. Casas magníficas orientadas al sol. Ventanales, cortinas de muselina, jardines, hamacas para el ocio vacío. “Sirvientitas” con delantal y cofias blancas sacaban a pasear perritos afeitados como ídolos egipcios. Los perritos, enfermos de tedio, de falta de acoplamiento, y de distinción, levantaban la patita junto a los árboles. Pero en los terrenos al fondo de las casas, ranchos de techos de zinc, inclinados, hundidos, servían de guarida a criaturas sucias y famélicas, el vientre hinchado de frutas verdes, un perro sarnoso junto a las piernas. La llamaban. —“Señorita, señorita; ¡me trajo los polvorones!”

—“¡Soy feliz! ¡Por qué, qué hago yo —se dijo Laura— en medio de estas fuerzas tan dispares, entre estos mundos inconciliables de circuncisos e incircuncisos, yo, mujer, en la incertidumbre de mí misma, sin Dios, sin condiciones de apóstol ni de santa, desconfiando de mí misma, de la literatura, de mis pensamientos!... ¡Hago limosna! Soy pobre, ¡qué hago con eso! Asisto a un Congreso y oigo los desahogos verbales de algunos que arreglan el presente, el pasado y el futuro, desde su asiento. Y este mismo parque —pensó— con sus fuentes, sus árboles y sus pájaros, este jardín maravillado, en que —como ella había dicho— la mañana nacía de las intermitencias de las nubes, ¿no es ligeramente sospechoso de literatura! Entre aquel monte de encantamiento, en que ella hacía su aprendizaje de infancia y este

jardín urbano, ¿no se habían acumulado los amores, los libros, los viajes, la sensibilidad dirigida y exacerbada?

Entró en el Instituto. Grandes mapas colgaban también de las paredes blancas y lisas. ¡Y Saigón, y el Caribe, y el Mar de la China, y las perlas redondas y carnosas como uvas marinas!... Y ahora el Profesor iba señalando otras manchas verdes o rojas o negras. Selvas vírgenes alimentando entre sus miasmas el zumbido del mosquito. Hongos de carnación secreta y blanda, entre los cocoteros, lluvias, humedades, soles, fiebres. Y el lamento de los perros en los corredores; y el cobayo, sobre el pupitre, hinchándose en una muerte larga, cayéndole de certera paciencia entre sus tejidos.

Salió del Instituto. —“Salgo a la calle. Me incorporo a la vida. ¿Soy feliz?” Dió un salto y retrocedió, tropezando con un cajón de tomates, que rodaron por la vereda. Los frenos de un auto chirriaron violentamente. Desde dentro una voz iracunda le gritó: —“Idiota, estúpida, bocaabierta, ¿en qué vas pensando?...” ¿En qué iba pensando? Se levantó confusa, bajo las miradas semicoléricas, semiburlonas del puestero. ¿En qué iba pensando? — “Si no lo vuelvo a pensar me muero en esta esquina”. Se disponía a cruzar la calle. Pero en ese momento el varita detuvo el tránsito. Omnibus y tranvías pasaron, inclinados por el peso de la gente colgada en las plataformas y los estribos. Una espesa cortina de nafta, se le metió entre las ropas, la boca y la nariz. Un carro de leche pasó entre un rechinar de ruedas y de ejes. El caballo dejaba sobre el asfalto un reguero amarillo y caliente. Bajo el sol de enero, los olores se calaban, se confundían, se trepaban a las columnas, a los faroles, a las piernas, a los nervios, componían con la estridencia de sus nombres: bencina, bosta, verdura, sudores, el olor indistinto, anónimo, progresista y desesperante de la calle. —“En qué iba pensando?...” Se detuvo maquinalmente en una vidriera. Pizarrones números de lotería. El peso argentino a 0.19. El dólar a 3.80. “No-dude más. Compre un número. Aquí está su suerte. Su suerte...”

Revisó todos sus pensamientos como una caja de cartas antiguas. “No dude... Su suerte...” ¿Este o aquél? “No dude más... compre aquí...”. Y súbitamente, un silencio. Como esos silencios que había sentido caer verticalmente a la anochecida en Río de Janeiro. ¿Por qué se acordó?...

Se salía del tumulto de la Avenida Beiramar y al entrar en las pequeñas calles adyacentes, la quietud era tan súbita que se creía andar con los oídos tapados, sobre algodones. Y con el silencio súbito, cada cosa volvió a

su lugar, a su origen, a su orden, a su paz, a su olor. Un olor sin apoyaturas, sin asociaciones, sin reminiscencias. El olor sin olor de los ángulos, de las líneas, de los puntos. Del cono. Del cuadrado. Y, ¡ay! de la esfera... "Laura, repite: la esfera es el cuerpo engendrado por la revolución de un círculo que gira sobre su diámetro..."

Y Laura niña, que había atravesado un monte de eucaliptos entre las hojas, sobre las hormigas, repetía asustada, defendiéndose de la nada con su instinto de vida. Y Laura mujer se hundía ahora en el éxtasis abstracto de aquel círculo engendrado de sí mismo. Sin mí, sin ti, sin ellos. Y el ellos, y el tú y el mí, los pronombres personales de la carne, del dolor, de la ilusión, del miedo, se fundían en una ola blanca y cerrada, una ola girando sobre sí misma, un diámetro, una esfera, una forma detenida entre el pensamiento y la memoria. Algo más antiguo que la calle, que la ciudad, que el mundo, que el sonido golpeando en las bóvedas del silencio. Más antiguo que todo lo manifestado. La caja de los sólidos.

CLARA SILVA.